

EL «BLUFF» DE HARVEY COX

Harvey Cox, el famoso teólogo norteamericano de la Universidad de Harvard —conocido sobre todo por su libro *La ciudad secular*—, acaba de estar en España.

De regreso del Congreso de Teología recién celebrado en Bruselas, ha venido a nuestro país y ha pasado unos días entre nosotros.

Aquí hemos podido escuchar y dialogar con este pastor de mediana edad, que choca por su negra barba semi-plateada, su sonrisa exhibiendo unos prominentes dientes y vestido desaliñadamente de sport.

Está acostumbrado a hablar en Norteamérica a grandes masas de más de 100.000 auditores, y fuera de ese país —aunque la cifra baja mucho— le escuchan varios millares siempre, como ocurrió en Roma —el pasado año—, que reunió a 4.000 personas en la Universidad Gregoriana.

El Vaticano y la Universidad Berkeley de California decidieron reunir en la Ciudad Eterna entonces a una docena de profesores especializados en lo que se llama «la civilización de la increencia», y la casa Fiat financió la reunión. Esta nueva fase cultural de la humanidad —esa civilización de la increencia— es la que muchos sociólogos empiezan a reconocer, en esa característica de incredulidad generalizada, como una de las más significativas de nuestro tiempo.

Harvey Cox —en el fondo un producto típico de la moderna mentalidad americana— suele llevar escogidas —cuando va a hablar— unas cuantas frases que chocan profundamente con las ideas recibidas, y por eso produce en los ambientes juveniles y progresivos de su nación un fuerte impacto.

El Secretariado Vaticano para los No-Creyentes, que es quien había convocado este simposio romano —con las ayudas económicas antedichas—, recibió el sarcasmo de Harvey Cox —un inocente sarcasmo típicamente yankee— de decir a los organizadores: «El problema religioso más importante hoy es la hipocresía y no la incredulidad»; y sugirió por eso —como a ello aludí hace tiempo en TRIUNFO— que se estableciera en Roma más bien que un Secretariado para la Increencia, uno para la Hipocresía.

La verdad es que esto, dicho así de repente, da qué pensar en una primera impresión, y hasta encuentra uno, en frases como esa, un atisbo de algo que parece inteligente.

Poco después afirmó —en una frase ya manida— que «la principal razón para no creer no es que la gente encuentre que el Evangelio es increíble, sino que la Iglesia es la que resulta verdaderamente increíble». Y, más tarde, se atrevió a señalar, ante los dirigentes vaticanos que allí asistían: «La Iglesia del Príncipe de la Paz no es capaz de tomar una determinación contra la guerra; y la Iglesia, que predica el ideal de pobreza, continúa acumulando bienestar y confort».

Todo eso le da popularidad, ¡quién lo duda! E incluso adquiere por ello fama de inteligente y de valiente, porque coincide con ciertos anhelos religiosos renovadores que no comprometen demasiado, y quedan a la altura de una inofensiva magia.

Pero en Madrid no se encontró ante un masivo auditorio ávido de escucharle, sino ante un reducido núcleo de una treintena de clérigos y seglares, especializados en los problemas religiosos de nuestra época, y que viven —día a día— las inquietudes de nuestro cambiante mundo.

Como símbolo de esto que digo de su auditorio español, no había nada más que mirar a la presidencia de este acto casi familiar. Estaban a derecha e izquierda de Cox dos profesores católicos: José Luis L. Aranguren y el padre Gómez Caffarena, S. J. Los dos verdaderos pioneros del avance y de la auto-critica hoy en marcha en el catolicismo de nuestro país.

Estábamos, en el local del Instituto *Fe y Secularidad*, casi en una amistosa convivencia, y carecía Harvey Cox de ese teatral

escenario y auditorio que requieren sus conferencias. Y allí pudimos apreciar el «bluff» de su pretendida profundidad y avance.

Empezó por señalar, acertadamente, las tres nuevas clases de conciencia que se han despertado en la sociedad actual: conciencia de contraste, de cambio y de opresión.

Y, a propósito de ello, nos habló de muchas cosas. Del cardenal Newman, que fue el primer teólogo importante que se ocupó del desarrollo dogmático (cosa que habría que matizar bastante más). De que la Iglesia era del futuro y no del presente, y lo hizo basándose en la idea bíblica del «escatón» (hoy casi una vulgaridad entre los estudiosos de la Biblia), pues para el mundo del Nuevo Testamento el futuro está presente ya en la actitud y vida del cristiano. Habló también que —si esto es cierto— la palabra «aggiornamento» está equivocada, y no debe emplearse como hizo el Papa Juan XXIII. Dio, además, un paso más adelante y afirmó que la Iglesia no debe estar «al día», sino «out of date». Y también echó, con razón, sobre los hombres de la Iglesia, el haberse hecho un «apartheid».

Sin embargo, todas estas frases, de sonido muy avanzado, iba recortándolas con otras mucho menos «contestatarias», y que resultaban de alabanza a las posturas intermedias: el concilio Vaticano II ha sido —según él— un verdadero concilio ecuménico; los teólogos de la muerte de Dios no pueden convencer a nadie; el catolicismo está mejor preparado que el protestantismo para el época «posliteraria» que él cree que se avecina.

Después, en el coloquio, se le hicieron preguntas agudas y comprometidas y él no supo dar —a pesar de concentrarse, cerrando los ojos en una actitud un poco petulante, como la del *Pensador* de Rodin— ninguna respuesta personal que tuviera algo de garra. Cuando se le preguntaba sobre esa Iglesia *futurista*, se limitaba a dar un sencillo esquema democrático bastante parecido a la República presidencialista americana. Y si bien se felicitaba de la creación de pequeños grupos espontáneos en la Iglesia, todavía pretendía resguardarlos con «estructuras» y con «instituciones» —eso sí, que fuesen abiertas— que posibilitasen tales ensayos cuando, en la práctica, la gran institución —como saben muy bien los sociólogos— siempre crea un dominio de poder, porque todavía no se ha inventado la institución que no lo ejerza.

Siempre el mismo error. Se quiere que la Iglesia imite las estructuras e instituciones de la sociedad civil: ayer de la sociedad autocrática y de poder absoluto concentrado en el monarca, y hoy la democrática de los modelos occidentales.

Sin embargo, el fundador del cristianismo bien claramente señaló que su Iglesia era completamente distinta de las sociedades humanas y no podía servirse del poder ni del dominio, sino, paradójicamente, su posible mando estaba solamente en la ausencia de poder y en la fuerza de la libertad individual, del servicio a todos y del amor colectivo en los pequeños núcleos espontáneos que se formasen entre sus seguidores, sin excluir de ellos a nadie por su raza, sexo, religión o cultura.

Sinceramente, he de confesar que Harvey Cox me ha defraudado a mí como defraudó a casi todos los asistentes.

No he visto en él ni el nervio ni la profundidad que algunos de sus atisbos literarios prometían, o parecían prometer.

Puede sospecharse que es más bien el clásico protestante medio americano, que ve que se le escapa la clientela y quiere disfrazar su gesto y su palabra con expresiones modernas que esconden un contenido que ya no podemos aceptar. Contenido que se oculta en ese gesto, que seguramente no conocerán mis lectores y que quedó marcado en su visita al Vaticano en abril de 1969: el «avanzado» pastor bautista Cox pidió entonces al Papa que le bendijera una medalla supermoderna que colgaba de su cuello, y que estaba medio oculta por su barba.

MIRET MAGDALENA